

**SOY EL
HOMBRE
DE MI
VIDA**

Soy el hombre de mi vida
©2019, **Beto Ortiz**

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Bajo su sello Editorial Booket
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704
Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: abril 2019
Tiraje: 3.000 ejemplares

ISBN: **978-612-4181-75-7**
Registro de Proyecto Editorial:
31501201900487
Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú
N.º 2019-05783

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diseño gráfico:
**Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú**

Fotografía de portada:
Inon Sani

Impreso en:
Quad/Graphics Perú S.A.
Av. Los Frutales 344, Ate

Lima – Perú ★ **junio 2019**

**SOY EL
HOMBRE
DE MI
VIDA**

**BETO
ORTIZ**

Para Martín Suyón y Aldo Miyashiro

*«Has vuelto al lugar donde descubriste
que estabas perdido».*

JOHN CHEEVER, *DIARIOS*

SOY EL HOMBRE DE MI VIDA

Yo no estoy solo, soy solo. No es lo mismo. No es lo mismo estar enfermo que ser enfermo. Tampoco estar feliz es igual a ser feliz. Yo soy solo. Ojo. No lo estoy gritando desde lo alto de una montaña para que en toda la ciudad me escuchen y algún cristiano se apiade de mi almita sufridora. Ese no es, exactamente, el ánimo de esta simplonada. Lo menciono como una simple constatación, como un procedimiento de rutina, sin ánimo de excederme en el melodrama facilón. Lo digo así nomás, de paporreta, como si estuviese llenando un formulario. Como quien insiste una vez más en lo que es obvio y elemental: soy periodista, mi sangre es O positivo, mido un metro setenta, soy peruano. Créanme: lo digo sin ningún problema y, al decirlo, albergo la tibia esperanza de que mis palabras no exuden esa desesperación contenida de la solterona que escribe la amarga bitácora de sus amores truncos con la entusiasta ilusión de que, por lo menos, sirva para que sus lectores se sientan un poquito menos frustrados con sus respectivas existencias y, con algo de suerte, se desmondonguen de la risa. Espero, pues, no estar aquí escribiendo con el único objeto de inspirar su lástima barata aunque, a mi edad, nadie está libre de ponerse tragicómico en exceso. No importa, asumamos ese grave riesgo. Quizá, al final del día, constituya una proeza lograr producir, aunque sea, una mazamorra torpe de sentimientos, una mezcla coloidal de risa y pena en el corazón aburrido de las gentes.

Yo no estoy solo, soy solo. No sé muy bien de qué habla la gente que le tiembla tanto a la soledad, que vive huyendo de su

negro manto, despavorida, que trata de no nombrarla, que la considera la más torva maldición y que, cuando habla de ella, lo hace siempre escandalizada: «¿Te has ido al cine solito?, ¡pobrecito!». ¿Pobrecito?, ¿y pobrecito por qué si para disfrutar de una gran película no hay nada mejor que estar solos? No solamente es mejor no tener a nadie chacchando maíz en tu oreja desde la butaca de atrás, la de al lado y la de más allá, sino que, en la medida de lo posible, hay que tratar siempre que la sala toda esté absolutamente vacía, de tal modo que la majestuosa proyección se te antoje exclusiva para ti. Nada mejor para ello que los lunes de invierno en matiné, si me permiten un tip. Exceptuando la comida, la conversación y el sexo —que también se disfrutaban de lo lindo a solas—, todas las cosas que me gustan en la vida prefiero hacerlas en el exquisito placer de mi compañía: viajar, dormir, montar bicicleta, dibujar, leer, cocinar, escribir, nadar, ver películas y, eventualmente, trabajar. Todas esas cosas me salen mejor si las hago solo. Apenas aparece alguien más, el guion se me complica inmensamente y las probabilidades de catástrofe se centuplican. Sabrán disculparme. Nunca fui bueno para los coros, los deportes de equipo, las cofradías, los sindicatos, las familias, las colleras ni las tribus. Soy hijo único y he sido solo desde que nací. Verme obligado a jugar con otros niños me arruinaba la diversión, porque si en mi fantasía un simple bloque de madera era, por decir cualquier cosa, un hombrecito perdido en una isla desierta, es seguro que, en la cabeza del advenedizo, la maderita en cuestión era un robot o una astronave de combate y así jamás nos íbamos a poner de acuerdo, de modo que lo del guion no es una simple metáfora sino una sentencia, una verdad de Perogrullo: las películas que uno se pasa —llamémoslas películas para evitarnos el inconveniente de tener que aludir a los sueños—, las historias que uno ha tramado

para sí mismo, ¿se escribirán mejor a cuatro manos? ¿Dos cabezas pensarán, en realidad, mejor que una? Depende de qué manos, naturalmente. Depende de qué cabezas. Una cosa sí es segura: dos cabezas nunca sueñan lo mismo que una.

Mis padres, seguramente angustiados de verme crecer como un niño solitario, se esforzaron mucho en procurarme compañía. Recuerdo muy nítidamente que, cuando yo tenía cuatro años, me traían a casa a un pobre vecinito llamado Walter —que siempre me ha parecido uno de los nombres más feos que existen— y le encomendaban la ominosa labor de hacerme jugar, de arreglárselas conmigo. Nadie se imaginó jamás lo mal que la pasábamos. Era un suplicio indecible para ambos. Él, que era un niño normal, quería jugar pelota o hacer carreras de autitos Matchbox o construir un fuerte apache con el Lego. Yo, que, por supuesto, tenía cantidades absurdas de pelotas, autitos y cajas de Lego que no me interesaba abrir ni siquiera por curiosidad, solo quería que Walter se callara o, mejor, que se fuera a su casa y me dejara leer mi revista *Anteojito* y dibujar en paz con mis crayolas, de modo que, juntos, nos aburríamos miserablemente. Al final de la tarde llegaba el que era, para ambos, el momento más alto del día. Mis papás dejaban irse a casa a mi veintiúnico amiguito no sin antes recompensarlo con unas cuantas monedas de a sol que, entonces, eran tan toscas que más parecían fichas de sapo. Quizá —sin querer— al hacerlo me enseñaran algo que hoy compruebo contemplando con sorpresa esa feroz ansiedad que padecen casi todos mis amigos por emparejarse y luego separarse y rápidamente volver a emparejarse una vez más y así sucesivamente, al infinito. Que en esta vida, muchas veces, es menester asegurarse de tener con qué pagar por una compañía que, al final, se sobrelleva con resignación, una precaria presencia que, la mayoría de las veces, ni siquiera disfrutas

pues creíste haberla deseado con toda el alma, pero, apenas la consigues, quieres otra.

Supongo que, a estas alturas, ya debo parecer un ermitaño que aúlla desde las tenebrosas profundidades de su cueva. No lo soy. Sonará inverosímil, pero vivo acompañado. Comparto apartamento con un *roommate* fantasmal, inmejorable. Un espíritu inquieto que, para mi suerte, gusta de brillar; la mayor parte del tiempo, por su ausencia. Llega muy tarde únicamente para dormir y se marcha por las mañanas. Todo el resto del tiempo, fines de semana incluidos, elegantemente desaparece. Quiero decir con esto que comparto apartamento con el ruido de unas puertas que se cierran, el sonido de la ducha matutina, celulares que timbran de madrugada, el rumor de unos pasos en el corredor, una toalla blanca que flamea en el tendedero, un cepillo de dientes olvidado en el baño de visitas, innumerables frascos de yogur dietético con linaza fosilizándose en la refri y galoneras gigantes de una supesta proteína de suero en polvo con la que es posible preparar unos pavorosos *milkshakes* seguramente muy saludables que yo no pienso probar jamás, ni aunque me maten.

Pero eso no es vivir realmente acompañado, me podrán decir ustedes. Bueno, diré entonces en mi defensa que, de vez en cuando, también recibo visitantes. Visitadores, sí. Ya ustedes me entienden. *Friends with benefits*. Cinco, en total. No nos llames, nosotros te llamamos. Siempre los mismos, siempre puntuales, haciendo gala de la inconfundible fidelidad de los verdaderos caseritos desde hace años. Sonará un poquitín controversial, pero estoy convencido de que esta sabia modalidad de relación que combina cama y camaradería puede llegar a ser muchísimo más honesta que la penosa pantomima que son la mayoría de los matrimonios que conozco. En mi caso, no me hace falta hacerle creer a nadie

que es «titular». Tampoco es menester hacerse el cojudo y fingir que realmente te lo crees. No necesitas ocultar nada porque todos los jugadores saben perfectamente que no están solos en el juego y que, al mismo tiempo, existen todos los demás. A nadie engañas y, en consecuencia, a nadie haces sufrir. Son amigos entrañables y, muy esporádicamente —digamos: una vez cada dos meses—, protagonizan contigo un imprescindible revolcón de proporciones. Y listo, todos felices y contentos. No les estoy vendiendo la fórmula, por si acaso. Amiguitos, no intenten esto en casa. Lo más probable es que no les cuadre. Pero en mi caso particular, vaya que funciona: sabes de cada quien lo que recibes y sabes a cada quien lo que le das.

Nada de eso me impide, sin embargo, vivir perdidamente enamorado. Enamorado de un hombre, claro está. De uno solo y, hasta nuevo aviso, de ninguno más. Si no estamos juntos ahora es porque ocurre que él, un buen día, se reprodujo demasiado: tuvo un bebito con otra, claro, no conmigo. Supongo que no necesito explicarlo. Un niño hermoso que lo ha llenado de una dicha que no le conocía, de una especie de extraña luz que, a mis ojos, lo embellece más todavía. Y esa luz me alcanza, de rebote, a mí también. Sé que ha de sonar confuso, pero hagan ustedes el esfuerzo de entenderme. Soy un enemigo acérrimo de la idea de que el amor te otorga derecho de posesión sobre la gente. No me siento ni celoso ni engañado. No siento que esa parcela del amor (que yo sé que es mía) me la tenga que arrancar con nadie más. Esa es mi vida y si no les gusta, no me ofendo porque a quien tiene que gustarle es a mí. Habrá quien querrá ver un ciego pozo de amargura en la aparente aspereza de todo esto. Habrá quien crea leer aquí el manifiesto cascarrabias de un eremita desesperanzado. Todo lo contrario: es una celebración de la soledad. Es volver a rezar la

misma oración que rezaba Whitman por las noches: «Me canto y me celebro, me celebro y me canto. Y si me canto y me celebro, te celebro y te canto. Porque todo átomo que me pertenece te pertenece». Al final de cuentas, yo no me paso las noches en vela escribiendo todo esto por mí sino por ti. Eso sí, por favor, que conste.

Y que conste también que no estoy solo, soy solo. Soy solo un hombre que va por el mundo buscando al único hombre que realmente extraña y necesita.

Soy el hombre de mi vida.

Santa Beatriz, 14 de julio de 2010